

www.puntodelectura.com

Alexandra Potter

Tú No
vas a ser mi
amor

Traducción de Elena Alemany

punto de lectura



Título original: *You're The One That I Don't Want*

© 2010, Alexandra Potter

© Traducción: Elena Alemany

© De esta edición:

2012, Santillana Ediciones Generales, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España)

Teléfono 91 744 90 60

www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-2565-3

Depósito legal: B-1.376-2012

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de cubierta: María Pérez-Aguilera

Primera edición: febrero 2012

Impreso por 
A CPI COMPANY

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Prólogo

Venecia, Italia, 1999

El calor del verano crea una bruma resplandeciente a través de la cual Venecia parece un cuadro de Canaletto que hubiera cobrado vida. La cúpula de San Marcos se alza sobre los edificios de color pastel, con su pintura descascarillada y su elegancia desgastada por el tiempo. Los *vaporettos* zumban. Los turistas atestan las calles. Entre la multitud, los niños corren por las esquinas, dispersando a las palomas; hombres en trajes bien cortados y con gafas de sol de diseño están sentados fumando cigarrillos; un guía con su paraguas habla de historia a un grupo de turistas alemanes.

Hay también dos jóvenes. Avanzan perezosamente sobre el empedrado, ella rodea con el brazo las caderas del vaquero de él, mientras que él tiene el suyo relajadamente extendido sobre el hombro pecoso y desnudo de ella. Ella está tomando un helado y riendo de algún chiste que él está contando mientras fuma su cigarro, moviendo las manos y poniendo caras tontas.

Somos Nathaniel y yo. Nos caímos de la cama hace solo una hora y estamos pasando el domingo en Venecia

como siempre pasábamos nuestros domingos en Venecia: bebiendo expresos, tomando helados y perdiéndonos en la urdimbre de callejas que cruzan en zigzag el laberinto de canales. Llevo aquí todo el verano y aún me pierdo. Saliendo de la plaza, doblamos en una esquina, y otra y otra más hasta que ahora nos damos de bruces con un mercado en el que se vende cristal de Murano de colores brillantes y máscaras venecianas.

—¿Qué te parece esta?

Me giro para ver a Nathaniel poniéndose una máscara sobre la cara. Tiene plumas rosa y está cubierta por lentejuelas doradas. Hace una reverencia absurda y exagerada.

—Te queda bien —me río.

—¿Te estás burlando de mí?

La aparta de su cara y frunce el ceño.

—¿De ti? ¡Jamás! —me río fingiendo indignación, mientras me hace cosquillas con la pluma.

—He pensado comprarle una a mi madre —la vuelve a poner en su sitio y coge otra. Esta vez es una grotesca con una larga nariz ganchuda y ojos redondos.

—¿Qué tal esta?

—No, la primera. Desde luego —me estremezco.

—¿Seguro?

—Seguro —digo tratando de imitar su acento norteamericano, pero mi deje de Manchester me hace sonar ridícula y él se ríe ante mi chapucero intento.

—¿Qué haría sin ti? —sonríe—. Aunque creo que vamos a necesitar trabajar en ese acento norteamericano tuyo.

—¡Es mejor que tu inglés británico! —protesto.

—De acuerdo, preciosa, tengamos un carnicero —contesta en una mezcla de cockney y acento de Lancashire

y rompo a reír mientras me agarra y me hace callar con un beso—. ¿Malo? —finge estar ofendido.

—Terrible —digo con seriedad fingida mientras se gira para pagar la máscara.

De pie en una isla de luz del sol, me sonrío felizmente a mí misma. Por un momento le miro, fumando su cigarro, intentando regatear con el del puesto. Después oteando a otra parte dejo que mis ojos vaguen por el mercado. No quiero comprar nada —ya tengo todos mis *souvenirs*—, pero observar no hace daño...

Mis ojos se detienen en un puesto. Escondido en un rincón sombrío no es realmente un puesto, sino más bien una mesa plegable, pero el hombre viejo sentado detrás de ella me llama la atención. Lleva un viejo sombrero de fieltro y unas gafas gruesas de montura negra haciendo equilibrios sobre la punta de la nariz y está mirando con los ojos medio cerrados algo debajo de un pequeño foco. Curiosa, me separo de Nathaniel y deambulo hasta allí para ver lo que está haciendo.

—*Buon pomeriggio bello come sei oggi* —dice alzando la mirada hasta mí.

Sonrío con timidez. Soy una completa inútil para los idiomas. Incluso tras casi tres meses en Venecia estudiando arte del Renacimiento, mi italiano solo alcanza hasta «por favor», «gracias» y «Leonardo da Vinci».

—¿Inglesa?

—Sí —asiento con la cabeza y le miro a los ojos.

Brillan con malicia.

—¿Qué hace aquí una hermosa chica como tú sola?
—sonríe, dejando al descubierto unos dientes manchados por un hábito de fumar durante cuarenta años. Alcanza un

cigarro que está humeando en un cenicero cercano y da una calada con aire de satisfacción.

—Oh, no lo estoy —sacudo la cabeza y hago un gesto hacia Nate, al que le están envolviendo la máscara. La pone debajo del brazo y camina hacia mí y me desliza casualmente el brazo sobre los hombros.

—Ah, ser joven y estar enamorado —el hombre sacude la cabeza en señal de aprobación mientras Nate y yo nos miramos, con los rostros con una sonrisa vergonzosa—. Tengo justo lo que necesitáis.

Nos giramos para ver que sostiene lo que parece una antigua moneda.

Le miro un poco perpleja.

—Humm, gracias —sonrío, preguntándome qué está haciendo y de repente lo pillo. Oh, Dios, está tratando de darnos dinero. ¿Parecemos tan en bancarrota? Ok, somos estudiantes, y Nate tiene un aire un poco desaliñado con sus vaqueros destartados, y mi vestido ha visto mejores días, pero incluso así...—. Estamos bien —empiezo a explicarle apresuradamente y estoy a punto de tirar del brazo de Nate para arrastrarle fuera de allí cuando el viejo pone la moneda en un pequeño aparato y lo divide en dos.

Le observo mientras hace un agujero en cada mitad, por el que introduce un hilo de cuero. Después, triunfante, los sujeta dejando que oscile como un colgante.

—Para vosotros —sonríe—. Porque sois como la moneda —explica—, sois las dos mitades de un todo.

Miro rápidamente los filos dentados de las medias monedas, como dos piezas de un puzle. Por sí solas solo son la mitad de una moneda rota, pero juntas hacen un todo completo.

—Guau, qué romántico —murmuro, volviéndome hacia Nathaniel, que me está mirando y sonriendo divertido. Siento un atisbo de vergüenza—. ¿Qué?, ¿no te lo parece? —mascullo, dándole en las costillas.

—Desde luego que lo es —se ríe—. ¿No te llamo siempre mi otra mitad, de todas formas?

—Solo tres mil libras —dice el viejo.

Me doy la vuelta y veo su palma extendida y expectante.

—Hasta el romance tiene un precio —apostilla Nathaniel, hundiendo la mano en la cartera.

Yo pensando que el viejo estaba siendo un romántico empedernido cuando todo el tiempo estaba tratando de vendernos algo, me doy cuenta, sintiéndome tonta. Sinceramente, soy tan ingenua. Antes de que pueda protestar, sin embargo, Nathaniel le ha alargado un billete y está poniéndose uno de los colgantes.

—Mira, ahora no podemos separarnos nunca —bromea, poniéndome el otro alrededor del cuello—. Dondequiera que vayas, yo iré.

Pese a su intento de introducir humor, siento inmediatamente que mi ánimo se ensombrece. En solo unas semanas dejaremos Italia y volveremos a nuestras respectivas universidades y lo estoy temiendo. Desde que nos conocimos he estado contando los días que nos faltan para separarnos.

—Eh —viendo mi expresión, Nate me abraza—, podemos llevar esto a pesar de la larga distancia —me asegura, adivinando inmediatamente lo que está pasando por mi cabeza—. Nos escribiremos. Puedo llamar...

Pienso en mi casa de estudiante en Manchester. Ni siquiera tengo un teléfono fijo, por no hablar de un móvil,

y las cartas puede que suenen románticas en los libros, pero en la vida real no van ser capaces de sustituir el frotar mi cara en su cuello, compartir un bol de helado de pistacho una tarde de sábado o reírme de su terrible acento inglés.

—Supongo que sí —digo asintiendo con la cabeza, tratando de poner una cara valiente. No quiero estropear el presente pensando en el futuro, pero es como si hubiera una enorme nube negra puesta ahí, dispuesta a bajar.

—Si queréis estar juntos, podéis estar siempre juntos.

Me giro para ver al viejo italiano mirándonos pensativo.

—Me temo que no es tan fácil —empiezo a decir, pero él interrumpe.

—No, es muy fácil —dice con firmeza—. ¿Queréis estar juntos?

Nathaniel inclina la cabeza hacia un lado como si lo estuviera pensando.

—Hum..., ¿qué dices? —pregunta provocadoramente, y le doy un puñetazo de broma—. Guau, creo que eso es un sí, queremos —sonríe, volviéndose hacia el hombre del puesto.

—Bien, entonces... —el viejo se encoge de hombros y da una calada a su cigarro.

—Tenemos que volver a casa —explico.

—¿Dónde vivís?

Nathaniel me abraza más fuerte.

—Lucy vive en Inglaterra...

—Y Nate es norteamericano —termino.

—Pero estáis en Venecia —replica, impertérrito—. Aquí no hay necesidad de decir adiós. Podéis estar juntos para siempre.

Es un viejo dulce al fin y al cabo, decido. Y un romántico trasnochado también.

—Ojalá —fuerzo una risa y aprieto la mano de Nate—. Pero es imposible.

Inesperadamente el italiano suelta una risotada.

—¡No, no! No es imposible —grita, dando palmadas sobre la mesa—. ¿No conocéis la leyenda del puente de los Suspiros?

Nathaniel frunce el ceño.

—¿Te refieres al puente de aquí, de Venecia?

—Sí, ¡eso es! ¡Ese mismo! —exclama excitado.

—¿Por qué? ¿Cuál es la leyenda? —pregunto, de repente intrigada.

Como un mago que espera el redoble de tambor para sacar un conejo, el viejo hace una pausa para darle mayor efecto dramático. Solo cuando los dos estamos callados empieza a hablar.

—La leyenda es muy famosa —dice con gravedad. Habla en voz baja, con el tono respetuoso y fascinado que se emplea en iglesias y museos y casi tengo que reprimir una carcajada—. Cuenta que si os besáis bajo el puente al atardecer, en una góndola, cuando las campanas de la iglesia están sonando...

—Guau, no nos lo ponen fácil —susurra en broma Nathaniel en mi oído, pero le aparto con la mano.

—¿Sí? —pregunto con interés, girándome hacia el viejo—. ¿Qué ocurre?

Aspirando su cigarro, exhala una nube de humo. Flota hacia arriba frente a su cara, como una pantalla de humo. Cuando se deshace, sus ojos oscuros se encuentran con los míos, y pese al opresivo calor, de repente un escalofrío

baja por mi columna vertebral y siento carne de gallina en los brazos. Se inclina hacia mí, su voz casi un susurro.

—Tendréis un amor eterno. Estaréis juntos para siempre y nada —sus ojos van rápidamente hacia Nathaniel, y después vuelven a mí—, nada os separará nunca.

—¿Nada? —repito, con una voz apenas audible.

—*Niente* —asiente con la cabeza, su rostro lleno de convicción—. Estáis unidos el uno al otro para siempre, durante toda la eternidad.

Me río nerviosamente y aprieto el colgante contra el calor de mi pecho.

—¿Así que te gusta? —señala el colgante.

—Oh, hum..., sí —le contesto con un gesto de la cabeza.

Sonríe y nos da el cambio y mientras lo cojo, sus manos rugosas rozan las mías.

—*Grazie* —susurro, encontrando una de las pocas palabras que sé en italiano.

—*Prego* —sonríe animadamente, tocándose el sombrero.

Luego Nathaniel me rodea con el brazo y damos la vuelta y empezamos a atravesar el mercado, pero solo hemos andado unos pasos cuando oigo que el viejo italiano nos llama.

—Recordad, *niente* —y echo un vistazo atrás. Lo raro es que ya no está allí. Se ha ido, tragado por la masa de gente. Casi como si se hubiera desvanecido en el aire.

Capítulo 1

Todas buscamos a nuestra alma gemela.
Haz nuestro test del amor y descúbrelo.
¿Es él el hombre de tus sueños?

Dios, estas cosas son tan estúpidas.

Echo un vistazo rápido a la revista. Hay una foto de una pareja mirándose a los ojos, acaramelados, y, además, está ilustrado con dibujos de cupidos y corazones. Quiero decir, por favor. Como si pudieras descubrir si él es el correcto contestando a unas pocas preguntas tontas de opción múltiple.

Como, por ejemplo:

Mi chico y yo casamos el uno con el otro como...

- a) Batman y Robin
- b) La Pija y Becas
- c) Lindsay Lohan y el bronceador de pega.

De verdad, ¡qué ridículo!

Alguien que trata de moverse en el pequeño espacio que queda junto a mí me empuja. Alzando la mirada me doy cuenta de que hemos parado en una estación. Paseo la mirada por el vagón atestado. Es la hora punta del viernes

por la tarde y estoy sentada aplastada en el metro, pasando las hojas de una revista que encontré en mi asiento. Se cierran las puertas y mientras el tren arranca con un respingo, vuelvo a la revista. Y a ese estúpido test.

Paso la página con desgana. Es un artículo sobre celulitis. Frunzo el ceño.

Bueno, quizá un test tonto no sea tan malo. Después de todo, tiene que ser más divertido que leer cómo librar-te de muslos con hoyuelos y piel de naranja, me digo a mí misma, mirando la sección sobre desintoxicación. Aunque francamente no creo que una pueda deshacerse de los muslos llenos de piel de naranja llena de agujeritos. Todas tenemos celulitis. ¡Incluso las supermodelos!

Bueno, al menos eso me gusta decirme a mí misma.

Escudriño de cerca la foto con grano de paparazzi del trasero de Kate Moss en bikini que ha sido ampliado millones de veces. Debo confesar que no consigo ver ningún hoyuelo. Ni demasiado trasero. De hecho, mirando esta foto, no estoy ni siquiera segura de que Kate Moss tenga trasero.

De repente estoy sorprendida por lo que estoy haciendo: estoy sentada. En público. En el metro de Nueva York. Con la nariz apretada contra una foto de un glúteo izquierdo. ¿O es el derecho? Cielo santo, Lucy. ¿Y pensabas que el test era ridículo?

Rápidamente regreso a él. Me doy cuenta de que está sin rellenar. Oh, qué demonios, tengo cinco paradas más.

Alcanzo mi bolso y saco un boli.

De acuerdo, allá vamos.

1.- Cuando piensas en él, sientes mariposas en el estómago:

- a) Sí, siempre.
- b) A veces.
- c) Nunca.

Bueno, yo no lo hubiera llamado exactamente mariposas. De hecho, ha pasado tanto tiempo que las mariposas probablemente se han hecho viejas y se han ido volando. Ahora es más bien un dolor. No como el horrible dolor de muelas que tuve cuando se me salió la funda del diente en el cine al morder un toffee. Me estremezco solo de pensarlo. No, esto es más bien una punzada. Una angustia que aparece ocasionalmente.

Me decanto por b) A veces.

2.- ¿Desde cuándo te gusta?

- a) Menos de seis meses.
- b) Un año.
- c) Más de un año.

Mi mente retrocede. Nos conocimos en el verano de 1999. Yo tenía diecinueve años. Lo que significa que... Mientras mi mente hace el cálculo, siento el impacto que supone darme cuenta. Le sigue rápidamente cierto aguijón defensivo.

De acuerdo, así que diez años, ¿y qué? Diez años no es nada. Mi madre conoce a mi padre desde hace cuarenta años.

«Sí, pero tu madre está casada con él», suelta una vocecita dentro de mí.

Ignorándola, hago rápidamente un círculo en la opción c). Vale. Siguiente pregunta.

3.- ¿Te ves casándote con este tipo?

- a) 100 por ciento.

- b) 50 por ciento.
- c) Cero.

Bueno, esta es fácil. Cero.

De hecho, diría que las posibilidades de casarme con él son menos que cero. Pero está bien. No me supone ningún problema. Las cosas son así, y lo acepto.

De acuerdo, así que en el pasado puede que haya pensado en ello. Y puede que por un momento me haya imaginado a mí misma con un vestido blanco (de hecho más bien un vestido de percal, de encajes de estilo antiguo, con manga larga y escote en forma de corazón) y él con un sombrero alto y frac, el pelo rubio revuelto y sus zapatillas Converse hechas polvo asomando por debajo. Bailar nuestro primer baile bajo las estrellas con *No woman, no cry*, nuestra canción favorita de Bob Marley. Irnos de luna de miel en su vieja furgoneta Volkswagen...

De vuelta al presente, me doy cuenta de que he estado dibujando distraídamente un corazón alrededor de a) 100 por ciento. Mierda. ¿Por qué lo he hecho? Azorada, agarro el boli y empiezo a tacharlo con furia. No es que signifique nada. No es que sea mi subconsciente.

De repente me doy cuenta de que estoy apretando tanto que he roto la hoja.

4.- ¿Piensan tus amigas que estás obsesionada con este tío?

Mi cuerpo se pone tenso, a la defensiva.

Pienso en él de vez en cuando, pero no diría que esté obsesionada. En absoluto. Quiero decir, no le estoy acosando ni nada. Ni agobiándole con mensajes en el Facebook. O buscándole en Google todo el tiempo.

Vale, lo confieso. Le busqué en Google una vez.

Quizá dos.

Bueno, vale, he perdido la cuenta de cuántas veces le he buscado a lo largo de los años. ¿Y qué? ¿Quién no ha llegado a casa y ha buscado en Google a un hombre del que está enamorada?

Espera ¿acabo de decir la dichosa palabrita?

De repente el estómago se me da la vuelta como si fuera una tortilla. Lo vuelvo a colocar en su sitio. No quería decir eso en absoluto. Este test tonto me está haciendo pensar todo tipo de cosas.

Hago un círculo en torno a b) No.

Mientras el tren de la línea 6 sube a la parte alta de la ciudad, sigo con las preguntas. Cada vez son más absurdas, pero me hace matar el tiempo. De hecho, ya estoy en la última pregunta...

10.- ¿Qué película describe mejor tu relación?

a) *Love Story*.

b) *Breve encuentro*.

c) *Pesadilla en Elm Street*.

... cuando de repente me doy cuenta del anuncio de megafonía: Esto es la 43, Grand Central, y caigo en que estoy en mi parada.

Doblo la revista para que quepa en el bolso, trato de abrirme paso hasta la puerta en el vagón abarrotado a golpe de disculpas. Por supuesto, nadie me hace caso. Desde que me mudé a Nueva York desde Londres hace unas semanas, he empezado a darme cuenta de que todos mis «por favor», «disculpe» y «si no le importa» caen en oídos sordos.

No es que los neoyorquinos sean maleducados. Al revés, me están pareciendo de la gente más amable y cálida que nunca haya conocido. Es solo que nuestra terrible forma británica de disculparnos por todo no tiene ningún efecto. No entienden por qué nos estamos disculpando. Sinceramente, la mitad de las veces tampoco yo comprendo por qué me disculpo. Es solo algo que hago. Un hábito. Un poco como entrar en Facebook cada cinco minutos.

Por ejemplo, ayer estaba cruzando la calle cuando ese hombre se dio conmigo y me derramó encima todo el café. Y ya veis, ¡yo fui la única que pidió perdón! ¡Sí, yo! Como un millón de veces. Por más que fuera solo culpa suya. Estaba hablando por el móvil y sin mirar por dónde iba.

Perdón, quería decir el celular, bueno ahora estoy en Nueva York.

Al pensarlo siento subir por la columna vertebral un escalofrío. No lo puedo evitar. Cada vez que me descubro a mí misma mirando a los rascacielos que coronan la parte superior de mi cabeza o andando por Broadway de camino al trabajo, o llamando a uno de esos taxis amarillos tan característicos (cosa que solo he hecho una vez, porque estoy sin blanca, pero en fin), siento como si estuviera en una película. Llevo aquí seis semanas y aún no me puedo creer que sea verdad. Casi espero ver a Carrie, Miranda, Charlotte y Samantha avanzando agarradas del brazo hacia mí.

Saliendo de la estación de metro, paro en el paso de cebra para estudiar el plano desplegable de Manhattan que llevo en el bolso. Algunas personas tienen una especie de GPS incorporado, un poco como los gatos. Les puedes dejar en cualquier sitio y pueden encontrar el camino de vuelta a casa. Yo no. Yo me pierdo hasta en el

Carrefour. Una vez, pasé como media hora merodeando por la zona de ensaladas tratando de encontrar la caja. Creedme. Desde entonces no puedo enfrentarme a la ensalada de repollo.

Doy la vuelta al mapa de arriba abajo y se la vuelvo a dar. Estoy perpleja. He quedado para tomar una copa después del trabajo, pero no tengo ni idea de dónde está el bar. Escudriño la cuadrícula de las calles. Parece bastante sencillo en teoría, pero en realidad no paro de perderme. Como si no fuera lo bastante complicado, aquí en Nueva York puede haber Este de Cualquier Calle, u Oeste de Cualquier Calle. Cosa que es completamente confusa. Quiero decir, ¿cómo narices vas a saber cuál es cuál?

Mirando arriba y abajo la calle con frustración, me rindo y canturreo mi poema. Todo el tiempo me quedo parada en medio de la calle y lo hago. Ya lo conocéis: «Nunca comas trigo sin goma».

—¿Perdón?

Me giro para ver a otro peatón junto a mí, esperando para cruzar. Me mira con aspecto intrigado, con el ceño fruncido bajo su gorra de béisbol.

Oh, Dios mío, ¿lo he dicho en voz alta?

—Estooo —digo con vergüenza—. «Nunca corras por la calle sola» —consigo improvisar a toda prisa, señalando al pequeño hombre rojo—, «hasta que el hombrecito diga que es hora».

Me mira muy sorprendido. «Claro», responde dubitativo.

Tiene uno de esos acentos arrastrados tan típicos de Nu-York y me doy cuenta de que lleva lo que parece una gran cámara de video y un micrófono peludo. Dios, me

pregunto qué estará haciendo. Probablemente estará haciendo una peli o algo de lo más guay.

No como yo, que estoy recitando rimas ridículas y balbuceando sobre el código vial, me doy cuenta, mientras me pongo toda roja. Sintiéndome lo menos guay del mundo, miro a otra parte y rezo para que el semáforo cambie. «Oh, mira, ahora sí podemos cruzar», digo con una punzada de alivio y lanzándole una torpe sonrisa, me escondo en la multitud.

Veis, esto es lo que tiene Nueva York. La ciudad tiene esta increíble energía que atrae a toda esta gente interesante. Da la vuelta a la esquina y te topará con un set de rodaje de una película, o un vendedor vendiendo algún tipo de joya extravagante o un grupo de artistas callejeros haciendo un número increíble de hip hop. Nunca sabes lo que va a ocurrir.

Algunas veces, muy de noche, cuando veo el Empire State Building encendido en distintos colores tengo esta excitación. Anticipación. Magia. Casi tengo que pellizcarme. Para una chica que viene del más profundo Manchester esto es como un cuento de hadas.

Solo que a este cuento de hadas en particular le falta una cosa.

Pasando una fila de restaurantes echo un vistazo a las parejas intimando en torno a una comida romántica. Como es una cálida noche de verano, los restaurantes han abierto de par en par las puertas y puesto mesas en la calle. Siento una punzada.

La aparto rápidamente de mí.

Érase una vez un príncipe mediocre, pero no acabamos viviendo felices para siempre. Sin embargo, como

dije antes, lo he asumido. Fue hace mucho tiempo. He pasado página. De hecho, desde entonces, he tenido citas con montones de chicos.

Bueno, quizá no montones. Pero sí unos cuantos. Y algunos de ellos eran muy majos. Como por ejemplo mi último novio, Sean. Nos conocimos en una fiesta y estuvimos saliendo un par de meses, pero nunca fue muy serio. Vamos, que fue divertido, y el sexo no estaba mal. Es solo que...

De acuerdo, tengo esta teoría. Todos sueñan con encontrar a su alma gemela. Es una búsqueda universal. Por todo el mundo millones de personas buscan su verdadero amor, su *amore*, su *âme soeur*, esa persona especial con la que quieren pasar el resto de su vida.

No soy distinta a ellos.

Salvo que eso no le ocurre a todo el mundo. Algunas personas pasan toda su vida buscando y nunca encuentran a esa persona. Así son los sorteos.

Si, por algún milagro, tenéis la suerte suficiente para encontrar al Único, hagáis lo que hagáis no dejéis que se os escape. Porque no tendréis otra oportunidad. Las almas gemelas no son como los autobuses; no va a pasar otro dentro de un minuto. Por eso se les llama «el único».

Quiero decir, si hubiera varios de ellos, se les llamaría «los cinco», o «los cien», o «la provisión infinita».

De manera que creo que quizá sea así en mi caso. Porque, mirad, yo tuve suerte. Encontré al único, pero después lo perdí. La fastidié o él la fastidió. A fin de cuentas realmente no importa. Los detalles no son importantes.

Por otra parte, no es que sea infeliz. ¿Cómo es el dicho? Más vale haber amado y perdido que nunca haber amado. Para ser sincera, raramente pienso en ello.

Y aun así...

Algunas veces, cuando menos lo espero algo me lo recuerda. A él. A nosotros. A un tiempo lejano. Puede ser tan casual como un test en una revista o tan incoherente como una mesa de restaurante en la calle. Y a veces no puedo evitar preguntarme cómo sería mi vida si las cosas hubieran salido bien. ¿Y si estuviéramos todavía juntos? ¿Qué hubiera pasado si hubiéramos vivido para siempre felices?, ¿qué hubiera pasado si, si, si...?

A veces incluso trato de imaginar cómo sería verle de nuevo, lo que es una locura. Ha pasado tanto tiempo que dudo que ahora siquiera le reconociera. Probablemente podría pasar a mi lado por la calle y ni siquiera sabría que es él.

¿A quién trato de engañar? Le reconocería al instante. Incluso en medio de la multitud.

¿Y queréis saber algo más? Muy en el fondo de mí, sé que si le viera de nuevo sentiría exactamente lo mismo que antes.

De todas formas, es muy improbable, ¿verdad?, pienso, volviendo en mí. Han pasado diez años desde la última vez que le vi. Toda una década. Un milenio nuevo. ¿Quién sabe dónde estará ni qué estará haciendo?

Arriba, enfrente, un luminoso de neón interrumpe mis pensamientos. Scott's. Aquí es. Este es el bar. Sintiendo una punzada de alivio, echo a correr hacia él.

Como dije, tienes una sola oportunidad y yo ya tuve la mía.

Y apartando la idea de mi mente, abro la puerta.